

Un Tema de Investigación

VIDA HUMANA OBJETIVADA

Por José Vicente Moreno.

Hay en este modesto trabajo numerosas cuestiones que aclarar para poder llegar al fondo del concepto que perseguimos y así ponernos de acuerdo en lo referente a ciertas realidades filosóficas que están en constante polémica en nuestro mismo espíritu ansioso de investigar.

En primer lugar hay que ver qué quiere decir vida. Para el botánico la vida está en la toma del anhídrido de carbono en las hojas verdes de los árboles y la liberación del oxígeno. Este es un fenómeno biológico, como la coordinación de todos los organismos vivos desde el hombre a los infusorios y otros microorganismos. La vida es un corazón activo; es ese renovar de las hojas, la germinación en la semilla, las florescencias, etc. Esta es la vida referida a la Biología. Pero hay otra explicación de la vida. Es esa actividad netamente humana. Ese hacer y deshacer constante del hombre; ese continuo sentir, pensar y actuar suyo. La vida, vista de esta otra manera, ya no es la misma que tiene la célula y la hoja del árbol. En la vida del hombre hay ingredientes psíquicos desconocidos por los vegetales. A esta vida humana hay que hacerle un franco deslinde con respecto a la vida vegetal. Hay todavía más, y es que no es lo mismo la vida de muchos animales (una estrella de mar) que la de un ser humano. Pero ni tan siquiera se puede comparar la vida del más inteligente de los monos con la del hombre.

La vida humana se diferencia de la vida animal en un aspecto esencial y es en el psiquismo. Son los fenómenos anímicos los que diferencian fundamentalmente al hombre de las bestias y los vegetales. Las bestias no disciernen; no deciden; no presentan una actitud razonada frente a los mismos problemas biológicos, ni a los que plantea la vida en sociedad, aunque se conozcan especies animales, como el perro, que da muestras de poseer inteligencia, y algunas plantas como los heliotropos cuya flor busca la luz del sol.

Vemos, pues, que la vida a la que nos estamos refiriendo, no es a la vida biológica, sino a la vida del hombre; a la que este ser realiza como ente pensante y que decide a cada instante su próximo futuro.

Esta vida aclarada aquí, es la que se conoce en ontología como vida humana auténtica. Esto es verdad. Pero para poder llegar a la explicación de lo que es la vida humana objetivada, hay la grave necesidad de poner más o menos en claro lo anterior. Porque es en la vida humana auténtica en donde se realizan los valores como lo veremos más adelante.

Es necesario entrar en el análisis de otro problema y es “lo objetivado de la vida”. ¿Qué es esto? ¿Cómo se explica el que exista en la Ontología, vida humana auténtica y también vida humana objetivada?

El Dr. Julio Fausto Fernández nos habla de la vida humana auténtica en sentido de biografía. Esta es la vida llena de limitaciones por todos lados, en lo geográfico, en lo social y por las limitaciones del cuerpo que a cada quien le toque en suerte y, además, y esto es lo más importante, por la limitación del psiquismo propio de cada ser humano.

Dijimos que una cosa es la vida humana auténtica y otra es la vida humana objetivada. Es este el propio momento de ver la ubicación de los seres en el universo. Se hace forzoso hablar de este asunto haciendo la salvedad de que ninguna clasificación ontológica es la última palabra. Pero para tener un relativo punto de referencia presentamos ésta que es muy común y que se usa más que todo por pura didáctica, pues ayuda a poner en claro el problema de los seres en el universo. Así tenemos: 1º) una zona ontológica de los objetos reales externos o cuerpos, cuyas características son la espacialidad, la temporalidad y la causalidad; 2º) una zona ontológica de los objetos reales internos (procesos psicológicos o contenidos de conciencia cuya característica es la inespacialidad, la temporalidad y la sucesión); 3º) una zona de los objetos ideales o ideas, cuya característica es la idealidad, la intemporalidad, la inespacialidad y la relación lógica de atribución; 4º) una zona ontológica para estudiar la vida humana auténtica, cuya característica es no tener un ser definido, pues a cada instante se está definiendo cuando el hombre decide su instante futuro; sigue inmediatamente la zona en que se sitúa a la vida humana objetivada o de los objetos culturales. Aquí sí llegamos a la propia orilla del asunto.

El filósofo español, nacido en Guatemala, Luis Recaséns Siches, en su obra *Vida Humana, Sociedad y Derecho*, demuestra que la vida humana auténtica es el hacer del hombre, la pura conducta, su decisión de cada instante dentro de las limitaciones que le rodean. Pero también demuestra que siempre que el hombre hace algo deja una huella en el mundo. Esta huella es lo objetivado de la vida. Para un pintor su huella será un cuadro. Si se trata de un escultor, su rastro será una escultura. Si se trata de un músico o un poeta, la huella será, según el caso, una simple melodía, un

vals o una sinfonía; un verso, un soneto, etc. Necesario es dejar en claro que todo acto humano deja una huella. Aun el esfuerzo de meditar se traduce en un gesto en la cara del que piensa. Todo acto humano, en cierto modo, al influir en los demás hombres se objetiviza.

Hubo la creencia de que había una división entre los actos internos y los externos del hombre. Es decir, que los procesos psicológicos tenían una iniciación y una finalización desconectada de los actos externos. Pero actualmente se demuestra que todo acto interno tiene una solución de continuidad o eslabonamiento con exteriorizaciones manifestadas en la vida humana. Es claro que ciertas actitudes son tan poco perceptibles que parecen no existir o no significar nada; pero que para el observador experimentado tienen una significación de bulto. Esto prueba que todo movimiento de nuestra conciencia se manifiesta en nuestro exterior y por consiguiente ya no cabe pensar en diferencias tajantes entre nuestros actos internos y externos. Están, pues, íntimamente enlazados y expresan ciertos estados del pensamiento (el sentimiento, la ansiedad, la alegría, etc.)

Cuando los actos del hombre dejan una huella, esta objetivación se ve, o se oye, o se palpa, o se goza como una Sinfonía de Beethoven, el decorado de una iglesia, o la vacuna de Jenner.

“Todos dejamos huellas en el mundo. Lo escrito en este papel es una huella, como lo es también un niño con respecto del padre. Todo humano deja huellas, por débiles e intrascendentes que éstas sean. Algunos las dejan en su medio físico, como el derribo de un árbol en la selva, la construcción de un humilde puente para cruzar una quebrada invernal, o la colocación de la estatua de la libertad en la Bahía de Nueva York. El Padre Cañas, hijo dilecto de Centro América, como el Padre Delgado y Francisco Morazán, legaron a estos pueblos jóvenes los principios que sirven de norma para el afianzamiento de la soberanía, la libertad y el progreso. La estatua de Gerardo Barrios, como la de Bolívar, son expresiones de almas artísticas que modelaron esos objetos que permanecen formando parte de ciertos valores culturales a los cuales precisa hacerles un análisis.

Se ha hablado de héroes, mártires, pensadores, escultores, músicos, etc. Pero hay que hacer un deslinde entre la huella que el hombre deja y su significado. Al hablar de José Simeón Cañas, se observa que su obra fue buena, fue heroica; la del escultor estético, al igual que la del músico. La huella de Sócrates es de una alta moralidad. Las doctrinas jurídicas del Derecho del Trabajo expuestas por Pérez Botija, Mario de la Cueva y Cavanellas, irradian de su fondo la justicia social. Observamos entonces que hay en ciertas cosas y actos humanos, una como envoltura o intencionalidad que les da una categoría diferencial. Esta categoría es la realización en algún grado de los valores que en modo parecido a lo siguiente expone Nicolás Hartman.

Valores religiosos,	su prototipo	la santidad.	Antivalor	lo profano.
” morales,	”	” el bien.	”	el mal.
” jurídicos,	”	” lo justo	”	lo injusto.
” estéticos,	”	” lo bello.	”	lo feo.
” vitales,	”	” lo saludable.	”	lo insalubre.
” de utilidad,	”	” lo útil.	”	lo inútil.

Como bien se sabe, los valores son objetos ideales que sirven de término de comparación para la conducta humana o para las cosas que el mismo hombre fabrica o utiliza. Cuando se enjuicia la conducta del hombre, se emiten juicios de valor. Cuando por resultado de este enjuiciamiento cierto hombre resulta con que su conducta es mala, es de pensar en que se ha realizado un antivalor y ese hombre será inmoral, injusto, etc. Su conducta tendrá un signo negativo con respecto a los valores. Lo mismo ocurre con algunos objetos reales externos, los cuales por encima de tener temporalidad, espacialidad y causalidad encarnan una idea de belleza. Hay una coincidencia entre dos perfiles: el de la cosa con el de la idea de belleza.

¿Por qué traer a este estudio los objetos reales externos si corresponden éstos a otra zona ontológica? Porque los valores estéticos, los vitales y los de utilidad, para su realización necesitan del soporte físico. La estatua de Venus es un objeto ideal que tiene de soporte un bloque de mármol; un poema aparecerá expresado con tinta y papel; una melodía se soporta en las ondas sonoras; un aparato telefónico es una cosa que cumple en sí mismo un valor de utilidad; un medicamento al concurrir en la conservación de la especie humana, hace coincidir su perfil con los valores vitales.

Los valores así presentados, dice Luis Recaséns Siches, “son objetos ideales con una validez objetiva y necesaria”. Son objetos ideales (sin espacialidad ni temporalidad) que necesariamente tienen que realizarse en la vida humana. Es el hombre el único ser en el universo que los puede producir y darles su respectiva validez. Esta validez se mueve como una escala inclinada, marcada en su punto medio, de donde parte hacia abajo el antivalor y hacia arriba el valor buscando su plena realización. Hay algo así como una lucha en el mismo valor por ser realizado plenamente, pero es imposible, o al menos raro, que se realice en toda su plenitud. La bondad, el amor, la justicia, son ejemplos de valores que raramente son realizados plenamente. No se puede precisar hasta dónde llega el extremo positivo de la escala en que se mueven. Lo mismo se dice de los antivalores, la maldad, el odio y la injusticia. Su determinación queda más bien a la conciencia que enjuicia el grado de realización de los valores.

En el campo de las Bellas Artes, los valores estéticos se manifiestan con gran objetividad. A esta peculiaridad se debe que se les adjudique con

cierta exclusividad el calificativo de obras culturales. Nada más erróneo. Es tan objeto cultural una estatua o un bajo relieve de Grecia antigua, como una canción de actualidad o una muestra de caridad y el Derecho Procesal Salvadoreño. Ocurre también, que un objeto ideal estético se mueve igualmente dentro de aquella misma escala del valor y el antivalor. Es tan vasta la concepción humana en este campo, que solamente la conciencia cognoscente es capaz de interpretarla en su justa validez. Pero lo que sí es muy firme en este estudio es que los objetos ideales valores se iluminan con toda claridad, dándose a conocer con amplitud y trascendencia al realizarse en la vida del hombre, Es, pues, el hombre el instrumento en donde los objetos ideales valores se cristalizan en realidades culturales manifestándose en la conducta o en sus obras permanentes. Una vez realizados los valores como actos humanos, dejan su huella o rastro. Un libro, por ejemplo, contiene un conjunto de conocimientos o *pensamientos hechos*, algo así como petrificados o fosilizados. Estos ya no son pensamientos vivos, son cosas y cosas muertas. Estos pensamientos pueden ser sobre Economía, Derecho, Higiene, etc., que han quedado objetivados y que pueden ser tomados, analizados, re-pensados o volverse a vivir. A esto es a lo que llama vida humana objetivada el Dr. Recaséns Siches. Objetivada ha quedado la vida de Jesús el Nazareno para el que quiera re-vivirla; lo mismo que la del Libertador Bolívar. Objetivada está la vida entera del antiguo pueblo griego en donde se estudian actualmente las raíces de la cultura occidental. En esta forma, tanto los cuadros, las religiones, formas políticas, sistemas económicos y jurídicos, etc., son obras que el hombre HA realizado, es algo que ESTA hecho, que ya HA QUEDADO para su contemplación, estudio, corrección o revivificación. Todas estas obras no valen tanto por la materia de que están hechas, ni por su forma, sino por encarnar un sentido humano, una intencionalidad estética, moral, religiosa, jurídica, vital, etc. Es, en suma, la cristalización u objetivación de las obras culturales que quedan de la vida humana hechas y referidas a los valores.